

De Kosovo al Tíbet la fuerza del nacionalismo étnico

Oscar Raúl Cardoso

En un reciente ensayo –"Nosotros y Ellos. El perdurable poder del nacionalismo étnico" en *Foreign Affairs*– el historiador estadounidense Jerry Z. Muller no duda en vaticinar que ese nacionalismo calza tan bien en "las más perdurables propensiones del espíritu humano" que será frontera de conflicto en el futuro previsible y por mucho más tiempo del que estamos preparados para aceptar.

Muller cree que es un error seguir aferrado a la fantasía globalizadora según la cual hay en marcha un proceso de masificación inevitable de la raza humana. En síntesis, comprar la misma marca de remera o beber la misma gaseosa en cualquier punto del planeta no nos hará indistinguibles uno de otro y que, más aun, pocos de nosotros querrá serlo. Cualquiera sea el propósito que sirvamos, no estamos en la vida para hacerle las cosas más fáciles a los gerentes de producción y de comercialización.

Es interesante notar aquí que bastante antes de que comenzara la ola gigante de la globalización comunicacional, Hannah Arendt tuvo una cierta epifanía de lo que estaba por venir y escribió, en 1959, "por primera vez en la historia todos los pueblos de la tierra tienen un futuro común (...) Cada país se ha convertido en el vecino inmediato de todo otro país y cada hombre siente el golpe de hechos que suceden en el otro extremo del globo".

Pero la brillante pensadora que era vio también las luces rojas que encendía esta nueva "unidad del mundo", porque podía transformarse en un hecho negativo si no renunciábamos a "la autoridad rígida y a la validez universal que el pasado y la tradición siempre reclaman para sí".

Esto se podría hacer aun cuando no renunciáramos a nuestra tradición y a nuestro pasado nacional, pero si el proceso no se completaba el pronóstico era el conflicto inevitable.

En las pasadas semanas hemos tenido una violenta exposición del enfrentamiento de la población del Tíbet ocupado territorialmente por la República Popular China desde 1951, que reivindica el territorio como propio y también en Europa el proceso de independencia casi artificial de Kosovo. Dos ejemplos donde aquel nacionalismo étnico esta presente.

Pero es el caso tibetano el más rico en rasgos definitorios y por momentos has LIDERAZGO NO-VIOLENTO. EL DALAI LAMA. Para aproximarse al fenómeno hay que atravesar el cordón de superficialidad mediática y que suele reducir todo a una vocación independentista tibetana que, sin duda, existe pero que quizá sea menos extensa que lo que la información sugiere y en todo caso no es sino uno de los componentes del problema.

Primero conviene despejar el detonante para el alzamiento de civiles y monjes budistas que tiene que ver con la oportunidad. La proximidad de las Olimpiadas en China –una ocasión que Pekín quiere aprovechar para exhibir su estatus de gran potencia moderna– le ofreció al descontento tibetano una ventana de oportunidad para poner otra vez en el centro de la atención pública mundial sus reclamos que suelen tener mayor audiencia interesada que otros emprendimientos chinos de dudosa calidad como sus relaciones con Sudán.

Los chinos terminaron lidiando esta vez con la más fea; las balas de sus fuerzas de represión terminaron hallando demasiados blancos inocentes algo que no pudieron cubrir con la propaganda de la "brutalidad" de los desafectos –que tampoco se apartaron de la violencia– en ciudades como Lhasa donde el incendio se enseñoreó durante días.

Es llamativo que ni la voz del Dalai Lama –jefe espiritual de 6.000.000 de tibetanos que es el líder en exilio– puesta como siempre del lado de la no violencia logró calmar ánimos. Este monje de sonrisa bonachona y de risa casi infantil incluso amagó con renunciar al Gobierno en el exilio que preside como incómodo huésped para la India.

Es llamativo porque la norma aceptada es que el Dalai Lama –número 14 en una sucesión de jefes elegidos por el cielo– cuenta con una adhesión blindada de su gente que cualquier líder, occidental u oriental, no puede sino envidiar. Sin embargo en esta ocasión la palabra del monje septuagenario fue –sino ignorada desoída– como si un sector de los tibetanos hubiese decidido renovarle la veneración pero sin atribuirle un poder monolítico en cuestiones terrenales después de medio siglo de vivir forzosamente en el exterior.

El Dalai Lama es un hombre al que no es fácil entender. Desde hace mucho ha sugerido que su investidura no tiene el origen divino que se le atribuye, que ciertos postulados de la filosofía budista han caducado y deberían abandonarse y hasta ha reducido su pedido a Pekín para que lo autorice a regresar al Tibet contrala promesa de abandonar todo proyecto independentista. El Dalai Lama se siente cómodo repartiendo frases simples del deber ser –no a la violencia, sí al bien– entre líderes de estado y artistas de Hollywood (entre los que es un eterno favorito), dando conferencias, vendiendo su vehículo de 1966 a través de Internet (le reportó 85 mil dólares) y hasta protagonizando un comercial televisivo para Apple. Pico Iyer, un periodista que acaba de publicar una biografía del Dalai Lama ("Ruta Abierta, la vida del 14° Dalai Lama") admite que sus problemas de comunicación y sus maneras infantiles lo presentan como "una bombita de luz que no es la más potente del cuarto".

Sin embargo Iyer dice también que ha sabido ser puente entre un antiguo mundo aislado y la modernidad, y comprende como ninguno la advertencia de Arendt.

Claro, todo no está a su alcance como evitar el impulso de resistencia de la etnia tibetana al plan de desfiguración de la etnia china Huan, hoy la que maneja el poder en el Tibet.

Disponível em: <<http://www.ee.clarin.com>> Acesso em: 1/4/2008.